

# BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LXX — CARACAS, ABRIL-JUNIO DE 1987 — N° 278

## LA CREACION DEL NUEVO MUNDO\*

*Señor Don Jaime Montaner, Consejero de Política Territorial  
de la Junta de Andalucía,*

*Señor Don Manuel Eugenio Romero, Presidente del Patronato  
Provincial de Huelva del V Centenario,*

*Señora Doña Juana Pérez, Alcaldesa de Palos,*

*Señor Don José Antonio Marín, Alcalde de Huelva,*

*Señor Don Francisco Díaz, Alcalde de Moguer,*

*Señoras y Señores:*

Es un gran privilegio para un hispanoamericano estar en este día en esta casa. Los sitios históricos muchas veces sufren de una erosión inevitable que termina por desfigurarlos y por convertirlos en reliquias inertes, si entendiéramos los sitios históricos como la raíz o el punto de partida de un acontecer vivo que no cesa y que continúa en el tiempo, sería imposible que un español, que un hispanoamericano, que un hombre de esta inmensa comunidad pudiera llegar aquí sin sentirse profundamente conmovido y sacudido en su ser más íntimo, no por el episodio pasajero, transitorio, si se quiere, relucido en sus dimensiones de lo que aquí pasó hace medio milenio, sino por las inmensas consecuencias que ese encuentro o que ese episodio ha tenido en la historia de la humanidad y en la creación de un nuevo hecho histórico que no tiene paralelo, que no tiene nada semejante en la historia del mundo de los últimos mil o mil quinientos años.

De eso pensé que debía venir hoy a hablar ante ustedes porque me pareció que era algo importante, algo entrañable.

Cuando nosotros hablamos de ese gran suceso, nos encontramos con una maraña de equívocos de los cuales no hemos logrado salir. Cuando salimos de uno caemos en otro y terminamos por lo que es lo más lamentable de todo, por no saber exactamente ni qué pasó, ni de dónde venimos, ni qué somos, ni qué podemos hacer hoy y mañana. Los equívocos nos ciegan, nos desvían, nos distraen, nos obstaculizan la posibilidad de entender.

\* Conferencia dictada por Arturo Uslar Pietri en La Rábida, el 12 de octubre de 1986.

Hace pocos días, de una manera muy significativa, que no ha sido suficientemente comentada, ocurrió un suceso que debió llamarnos a reflexión a todos los hombres de esta cultura.

La Asamblea de las Naciones Unidas, reunida en Nueva York el 23 de septiembre último, de una manera absolutamente simple, rutinaria, callada, eliminó de la agenda un punto. El punto en que se iba a decidir qué iba a hacer la Asamblea de las Naciones Unidas, la gran comunidad de las Naciones Unidas, para conmemorar el 12 de Octubre de 1492, dentro de 6 años.

Se acordó, sin protestas, eliminar ese punto de la agenda. De modo que para la más grande Asamblea mundial, para el cuerpo que, teóricamente y realmente en muchos sentidos, representa a la Comunidad humana, el 12 de octubre de 1492 no ocurrió nada digno de conmemorarse. Así de brutal es el hecho y así de brutal deberíamos considerarlo y comprenderlo para entender todo el alcance de la maraña de equívocos en que estamos metidos y de la que no logramos salir porque no queremos encararlos.

¿Cuáles son esos equívocos? No voy a entrar en detalles de ellos, porque se nos iría el tiempo y quiero hablarles de otras cosas.

El primero es la palabra "Descubrimiento". Hemos estado repitiendo el descubrimiento. El descubrimiento es una vista sumamente parcial, sumamente episódica de lo que aquí ocurrió. Efectivamente hubo un momento en que los europeos descubrieron que había otro continente y otra humanidad, que ellos no conocían. Pero allí comenzó y terminó el descubrimiento, ya inmediatamente después lo que había era una realidad, una realidad que ya va a cumplir medio milenio y que ha tenido una presencia creciente en la historia del mundo.

De modo que atenarnos a que lo que estamos conmemorando y lo que vamos a conmemorar es el Descubrimiento de América, como si estuviésemos conmemorando la primera ascensión a la cumbre del Everest es, sencillamente un error y una fuente de grandes engaños y equívocos.

Después hablamos de Conquista y de Colonización, también es una fuente de grandes equívocos y errores.

Cuando un hombre de nuestro tiempo habla de la palabra "conquista" lo que tiene en mente son las conquistas militares de que está llena la Historia. La Historia podría decirse que es la narración de todas las injusticias que los hombres nos hemos hecho los unos a los otros, porque la Historia es injusta, como la Naturaleza es injusta y como el hombre es injusto.

La gran tarea que hemos tenido y que tenemos todos frente a la gran empresa civilizadora es luchar contra la mala bestia que somos para tratar de que viva de otro modo y que se comporte de otro modo.

De modo que ponernos a buscar los llamados crímenes cometidos en la historia es una ocupación ociosa que nos llevaría simplemente a repetir todo lo que ha pasado en la historia porque todo lo que ha pasado en la historia está teñido

de violencia, de injusticia, pero de profunda humanidad, porque así somos los hombres, así hemos sido y así hemos hecho la historia, una historia que podría avergonzarnos en muchas partes, pero que por otras tenemos que reconocer como nuestra porque sería tanto como negar nuestra propia naturaleza.

Cuando decimos conquista pensamos en ese hecho físico, militar, de un pueblo mejor armado que sojuzga y somete a otro pueblo distinto. Cuando hablamos de colonización tenemos otros fantasmas más próximos que fue la experiencia en el siglo XIX, de los imperios coloniales inglés y francés en África y en Asia. ¿Qué pasó?

Países muy poderosos como la Gran Bretaña y como Francia en el siglo XIX, creyeron llegado el momento de expandirse y de dominar el continente africano y buena parte del asiático para establecer imperios coloniales; ¿con qué propósito? Con propósitos militares, con propósitos económicos, con propósitos políticos, eso entraba para ellos en un juego, que era el gran juego del poder que ocurría y que siguió ocurriendo por mucho tiempo entre las grandes potencias europeas. Tener a África, contar con los recursos africanos, someter a los pueblos africanos y desde luego llevarles parte de su civilización, enseñarles el francés o el inglés como lengua de comunicación, abrir algunas cuantas universidades, eso formaba parte del programa.

Eso no pasó en el continente americano y es bueno que nos empecemos a dar cuenta. No pasó por muchas razones; primero, porque lo que hizo España o lo que hicieron los hombres que descubrieron América, y volvemos a mentar la palabra, no pertenecía a un plan político, no era el resultado de una operación militar, obedecía a otras razones, como era el movimiento expansivo natural de los pueblos de la Península y como era la necesidad de encontrar una nueva ruta a las Indias, que era lo que ellos iban buscando, no iban a sojuzgar ningún nuevo continente, en primer lugar porque no sabían ni siquiera que existía y se encontraron con esa nueva realidad que planteó problemas nuevos.

Cuando nosotros hablamos del Descubrimiento, de la Conquista y de la Colonización de América, estamos jugando con conceptos que pueden perfectamente desviarnos y ocultarnos la realidad.

Allí pasó una historia compleja, difícil, abierta, que continúa viva y que no corresponde a ningún modelo francés o inglés de dominación africana o asiática.

Cuando en las Naciones Unidas se aprobó, tan a la ligera, tan asombrosamente a la ligera, esta resolución, allí influyeron muchas cosas que nos pintan perfectamente el desconcepto. Contra el Descubrimiento se alzaron los islandeses y se alzaron, en cierto modo, los irlandeses, ¿por qué? Porque parece, y es cierto, que en el siglo XII un navegante vikingo partió de Islandia, donde precisamente hoy está ocurriendo un acontecimiento muy importante de la historia presente, navegando como lo habían venido haciendo tradicionalmente hacia Occidente, tropezó con una tierra que no conocía. Leif Ericson no supo nunca adónde había llegado, sino a una tierra desconocida, le puso como nombre Vinlandia, tierra de las viñas, donde nunca ha habido una viña, eso queda en Nueva Escocia, es una zona preártica del continente americano y los europeos no se enteraron para nada de

lo que allí había pasado. El mundo siguió siendo exactamente igual para los habitantes de América, para los habitantes de Europa y para el resto del mundo.

La hazaña de Leif Ericson era una hazaña casi deportiva, fue, posiblemente, el primer europeo que tocó con eso que cinco siglos más tarde iba a resultar que era un nuevo continente, poblado por razas y civilizaciones que Europa no conocía y que de rechazo iba a cambiar la historia de Europa y del mundo.

Eso es lo que pasó el 12 de octubre y no pasó cuando Leif Ericson llegó, y si llegó San Brendan, o Dios sabe qué otro monje que salió de Irlanda, tampoco pasó nada porque el resto del mundo no se enteró de eso, el que llegó no supo adónde había llegado y las consecuencias históricas fueron totalmente nulas, sin eco, sin repercusión y sin consecuencias.

También surgió una protesta muy curiosa, la de los pueblos africanos, la de los pueblos coloniales recientemente independizados por el proceso de descolonización llevado a cabo en los últimos treinta o cuarenta años en las Naciones Unidas. Para estos pueblos con mucha razón, la palabra colonia tiene una implicación sumamente negativa. Para ellos la colonia es la presencia del extranjero, la dominación del extranjero, del intruso blanco y poderoso que los vino a sojuzgar, a someter, a explotar en todos los sentidos y de cuya coyunda pudieron independizarse gracias a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y del proceso de descolonización. De modo, que para ellos, porque nadie se lo ha explicado de otra manera, lo que se iba a celebrar era un hecho colonial y un hecho colonial era inaceptable para ellos. Esa conjunción de equívocos provocó el que, sin pena ni gloria, desapareciera de la agenda de la Asamblea de las Naciones Unidas el punto de si se iba a celebrar o no ese suceso que pasó el 12 de octubre de 1492.

¿De quién es la culpa? De todos. De los que nos hemos empeñado de uno y otro lado en ver parcialmente ese suceso, de los que no hemos tenido el valor de encararlo a fondo y de tratar de entender qué fue y qué pasó, de los que no hemos logrado decirle al resto del mundo la diferencia de lo que allí ocurrió con lo que ha ocurrido en otros continentes y en otras etapas culturales del mundo.

Sobre eso quería yo hoy hablar aquí porque creo que no hay fecha más oportuna, ni lugar más adecuado para hacerlo.

¿Qué pasó a partir del 12 de octubre de 1492? Pasaron cosas muy simples que debemos despojar de retórica y de ideas recibidas.

Un grupo de españoles, de europeos, de hombres del siglo xv, con una mentalidad del siglo xv, se lanzan al océano con el propósito de llegar a la costa asiática navegando hacia Occidente para abrir una ruta distinta de la que los portugueses venían explorando alrededor del continente africano, porque el comercio de Europa con las Indias era muy importante en muchos sentidos, casi todas las mercancías de lujo, la porcelana, la seda, las especias, venían de Oriente y con la toma de Constantinopla por los turcos se cortó. Entonces esa asfixia, esa incomunicación había que salvarla. Los portugueses trataron de hacerlo y lo lograron, dándole la vuelta a Africa y desembocando en el Océano Indico.

Los españoles, bajo la equivocada idea de Colón salieron a buscar a Asia por la ruta de Occidente y creyeron llegar a Asia. Tanto Colón como sus compañeros y como el resto de los europeos, por varios años, pensaron que habían llegado a unas islas de la costa asiática y eso explica por qué ha ocurrido ese equívoco tan extraordinario de llamar a los habitantes del continente americano indios, porque creían que eran habitantes de la India.

Equívoco que ha durado y que perdura porque los españoles siguieron llamando a eso Indias persistentemente, aun después de que el nombre de América se había extendido, y estoy hablando ya no del siglo XVI ni del XVII, sino del siglo XIX, el Departamento del Imperio español que se ocupaba de América se siguió llamando de Indias; eso explica en buena parte por qué tuvo tan poca prosperidad en el mundo hispano la palabra América, porque en lugar de americanos se habló de indios y porque finalmente los anglosajones pudieron, sin mayor esfuerzo, apropiarse del nombre de América para ellos y quitárnoslo a todo el resto de la gente que nacimos en ese continente.

Esa distorsión, ese engaño, ese equívoco fundamental no es el único porque en la cabeza de Colón y de sus compañeros y de los humanistas europeos que más tarde recibieron la noticia de ese encuentro y, sobre todo, cuando ya se hizo evidente que no era Asia, cuando se descubrió el Pacífico y se percataron de que estaban en presencia de una masa continental, que los europeos no habían conocido nunca; se inició a partir de ese momento, un incontenible proceso de deformación intelectual. ¿Con qué trabajan sobre esta idea? Con lo que trabajamos todos los hombres, con el reservorio de ideas recibidas, de mociones aprendidas, de visiones del mundo que hemos heredado de nuestras culturas.

Aquello tenía que ser algo de lo que el viejo mundo había estado buscando o soñando desde la época greco-romana y hebrea, que era la búsqueda de la Tierra Prometida, de un Paraíso Terrenal que se había perdido de la Edad de Oro de los humanistas de la Antigüedad, de Hesíodo y de los poetas griegos. Esa Edad de Oro que la humanidad vivió antes de caer en la Edad del Hierro y con la que vivió añorando. Se había encontrado el Paraíso Terrenal y se había hallado viva la Edad de Oro.

Cuando Colón topa con la masa continental americana, que lo hace en la costa de la actual Venezuela, cerca de la desembocadura del Orinoco, se da cuenta de que está cerca de un inmenso río porque encuentra agua dulce mar adentro y de inmediato concibe, con su visionarismo medieval, que estaba cerca de uno de los grandes ríos que salen del Paraíso Terrenal.

Cuando pasa por las islas de las Antillas y ve a los indios muy superficialmente, dice que ha topado con los hombres de la Edad de Oro, que los europeos habían perdido de vista, los seres que vivían en la paz, en la tranquilidad, sin guerras, sin miseria, sin ninguno de los horrores que caracterizaban la vida ordinaria de los hombres de Europa. Se había descubierto una tierra de provisión que desde cualquier punto de vista, y desde el punto de vista antropológico, sobre todo, no tenía nada que ver con la realidad que habían topado. Pero a los hombres

nos cuesta mucho ver lo que está fuera de nosotros porque estamos proyectando continuamente lo que está dentro de nosotros y deformando la realidad que está ante nosotros.

Esa fue la situación mental y conceptual de la Europa, del Renacimiento. Se habló de que se había encontrado al hombre en su estado de bondad natural, que el hombre era naturalmente bueno, pero que había llegado a ser malo en el Viejo Mundo, porque la sociedad lo había corrompido, como si la sociedad hubiera venido de Dios sabe qué infierno y no hubiera sino una creación de los hombres.

Semejante visión va a tener consecuencias inmensas. De ahí sale la concepción de los humanistas, la de los hombres del siglo XVIII, la idea del buen salvaje, la de la bondad natural del hombre, de la que va a nutrirse la Revolución Francesa y de la que va a derivar el pensamiento revolucionario de nuestro tiempo. Ese es uno de los frutos del encuentro del Nuevo Continente por los europeos.

Son muchos los equívocos; pensaba que podían encontrar las Amazonas, ¿por qué las amazonas?, porque en las Novelas de Caballería que tenían en la cabeza los conquistadores, era un reino de fabulosas riquezas gobernado por mujeres, donde no había hombres y cuya reina se llamaba Calafia. Cortés cree firmemente en la isla de las Amazonas y cuando descubren la baja California la toman por la isla del reino de Calafia y la llamaron California. Y cuando Orellana, azarientemente atraviesa los Andes y desemboca en el más grande río del mundo, ¿cómo lo llama? El río de las Amazonas, porque cree que en las riberas va a encontrar a las amazonas y sus riquezas.

Si se hace el catálogo de los equívocos aparece la magnitud, la deformación. Pero, ¿qué era lo que había en verdad? ¿Qué era la realidad? ¡Si es que somos los hombres capaces de conocer la realidad!

Lo que había era, obviamente, un continente geográficamente nuevo, mucho más grande que Europa que, después de todo, como decía Paul Valery, no es sino un pequeño cabo de Asia. Un enorme continente poblado por hombres de origen mongoloide, venidos de Asia (también tendríamos que levantarle un monumento a ese primer mongol que atravesó el istmo de Behring), con grados de civilización que iban desde la recolección y la caza, como ocurrió en toda la zona de las Antillas y en los territorios de lo que es hoy la América del Norte, hasta grandes civilizaciones autóctonas, con un gran poder de creación social, política, cultural y artística, como fue el caso de los Mayas y de las culturas mechicas y de las culturas andinas que, por la falta de palabras de que los hombres adolecemos, las llamaron imperios.

Tal deformación era inevitable, pero hay una realidad que está debajo. Los españoles llevaban un mundo sobre ellos, porque los hombres somos como los caracoles, no nos podemos mover, sino con nuestro mundo a cuestas y que tendemos a instalar donde llegamos.

Se encontraron con tierras muy ricas y extrañas, en las que debía haber grandes riquezas, y se encontraron con unas gentes desconocidas que pertenecían

a distintas culturas, a distintas lenguas, a distintas organizaciones políticas y sociales.

Lo que pretendían, fatalmente, era crear una nueva España, reproducir lo que conocían, un propósito imposible. No la pudieron crear en ninguna parte. México se llamó la Nueva España, pero nunca hubiera podido serlo en verdad.

¿Qué ocurrió? Como traían una sociedad castellana en la cabeza que intentaban transplantar y reproducir, ese proyecto tropieza con grandes inconvenientes de clima, el de marco natural, de geografía, de naturaleza y de otras culturas.

¿Cómo se podía hacer que un indio antillano trabajara como un labriego de Castilla? Esto se proponían pero no lo lograron. ¿Porque los indios eran perezosos, como se ha dicho superficialmente, porque los indios no tenían voluntad de trabajo, eran abúlicos? . . . ¡No!, porque los indios pertenecían a otro mundo, sobre todo los antillanos, que fueron los primeros que conocieron y sobre los cuales fundaron gran parte de su visión del indio, porque no tenían el concepto del trabajo, no trabajaban. El indio hacía otra cosa, era un hombre de la naturaleza, que vivió con la naturaleza y de la naturaleza, no podía tener la noción europea del trabajo, de una tarea que hay que realizar durante unas horas por el pago de un salario.

Se les obligaba a trabajar en las minas buscando oro o se les obligaba a sembrar, pero cuando podían se escapaban. Se sentían prisioneros, desnaturalizados y desde luego se resistían a trabajar, porque no entendían eso, y cuando no podían huir, caían en el alcoholismo, en los vicios que habían llevado los europeos.

Es por eso que llega el negro a América, porque necesitaban una fuerza de trabajo que no les podía dar el indio y porque además la Corona de Castilla, y es bueno reconocerlo, no permitió que se esclavizara a los indios, que era la única manera que hubieran podido tener para hacerlos trabajar a la europea, pero sí permitía que se esclavizara a los africanos.

Entran así en presencia tres culturas. Es bueno decirlo porque es un hecho fundamental, entre esas tres culturas se inicia un inmenso proceso que el mundo no ha conocido igual desde los días de la formación de Occidente, que es el mestizaje abierto, no interrumpido, difícil, costoso, pero fecundo, rico en muchas consecuencias, de la cultura hispánica, representada por los españoles, de las culturas indígenas, en diversos grados de desarrollo que representaban los indios y de las culturas negras, traídas por los africanos.

Ha habido una tendencia entre los historiadores de disminuir estas presencias, de hablar de las maravillas que habían hecho los incas o los aztecas y de la destrucción de esas maravillas por la conquista española, sin darse cuenta de lo que había pasado en realidad allí y cómo había pasado. En cuanto al negro, se le despachaba muy someramente como una fuerza de trabajo. Los negros no llevaban imprentas, no tenían libros, no llevaban aparentemente sino sus brazos. Pero además esa casa a costas que llevamos todos los hombres y que era su cultura africana: lenguas, creencias tribales, organizaciones mentales, noción del tiempo; noción mágica del mundo y fueron muy importantes educadores.

No hubo una Universidad negra en el nuevo continente, no hubo una escuela negra, pero nadie tuvo un papel pedagógico más grande que el negro, particularmente en las Antillas y en la costa atlántica. Porque a esa edad, que hoy sabemos es la más receptiva que tiene el hombre: entre cero años y cinco, los niños de los criollos ricos, eran entregados a ayas negras y esas ayas negras, analfabetas, ¿qué le podían enseñar al niño? Su cultura: cantos negros, música negra, leyendas negras, mitos negros de los que se empapaba el alma de esos niños antes de entrar en la escolita donde le iban a enseñar el Catecismo o la Historia de España o las ideas europeas.

Un ejemplo insigne es el de Simón Bolívar. Bolívar fue huérfano de padre a los tres años de edad y de madre a los nueve, pero desde que nació se lo entregaron a una esclava negra de la familia que se llamaba Hipólita, analfabeta, que fue la mujer que hizo el papel de madre para él y a quien él quiso entrañablemente toda su vida. ¿Qué puso Hipólita en el alma de Bolívar? Sin duda alguna, fundamentales aportes de cultura negra, porque tenemos la tendencia a pensar que el mestizaje es el de la sangre. El mestizaje de sangre tiene importancia, pero relativa porque los hombres somos lo que somos, no por la sangre, sino por la cultura. Si tomáramos dos niños acabados de nacer y se los entregáramos, uno a una tribu africana y el otro lo mandáramos a Suecia, al cabo de veinte años, uno será un africano y el otro un sueco. Porque es la cultura lo que nos hace a los hombres ser lo que somos. ¿Qué no recibió Bolívar de Hipólita como cultura negra?, debió de recibir muchísimo.

Hay una carta conmovedora de Bolívar escrita desde el Cuzco, poco después de la batalla de Ayacucho, a su hermana María Antonia, que era la que se ocupaba de sus intereses en Venezuela, y le dice textualmente: "Ayer recibí carta de mi madre Hipólita, dale lo que pida porque yo no he conocido otra madre que ella".

Ese proceso de mestizaje es de una riqueza inmensa y ostenta un hecho fundamental que es el que yo quería destacar aquí. ¿Por qué se crea esa mezcla tan rápida y fundamental de cultura? ¿Por qué no se dio en Hispanoamérica un proceso parecido al que ocurrió en Africa con la colonización inglesa o francesa o en la India?

Por un rasgo fundamental. Los conquistadores y los colonizadores ingleses y franceses fueron mucho más astutos que los españoles y se dieron cuenta de que la menor resistencia era la mejor política, aceptaron las culturas locales, aceptaron las lenguas locales. Sabían que su propia lengua iba a tener que ser utilizada porque era la lengua de cultura y de comunicación de que podían disponer los africanos o los asiáticos, aislados en sus viejas lenguas y culturas; respetaron las religiones nativas y pusieron al lado la iglesia protestante o católica donde iban los europeos. Eso no pasó en América hispana. En América hispana ocurrió una cosa que a falta de un nombre yo me permito llamarla "la guerra de los dioses".

Cuando Hernán Cortés, hay que decir que en realidad el proceso de la conquista verdadera empieza con la conquista de México, porque lo que pasa en las Antillas es una especie de preludeo equívoco, de tanteo e improvisación inse-

gueros, pero donde se define el rumbo y se echan las raíces del gran hecho americano es a partir de la conquista de México en 1519.

Cuando Cortés se da cuenta de que está en presencia de una organización social y política, desproporcionadamente superior a su fuerza, por el número y por la organización, no se le ocurre lo que hubiese sido elemental, entrar con un falso aire pacífico, ganarse la simpatía y el vasallaje de los gobernantes mexicanos, respetar las religiones locales, suprimir apenas los sacrificios humanos, pero respetar el empleo de Muitzilopochtu y el de todos los dioses del panteón mexicano y poner su iglesia con sus frailes para los españoles.

Pero Cortés iba con otra mentalidad que no era la de un empresario colonial, Cortés iba con una mentalidad de Cruzada, con otra cosa enteramente distinta y para él lo esencial, aparte de la riqueza de la tierra conquistada, era la fe, y por ello insensatamente, resuelve destruir las religiones locales.

Esto es un hecho insólito, que sólo ocurrió una vez en la historia en los últimos quince siglos, que fue en la fundación de Occidente. Occidente nace de la imposición violenta, brutal, implacable del cristianismo sobre las religiones tradicionales de los pueblos germánicos.

La cristianización de Europa a partir del siglo VI fue una imposición por la fuerza para suprimir de los mitos y creencias paganas, y substituirlos por el cristianismo. Se provocó una síntesis, una simbiosis: donde había una fuente o un árbol venerado, allí se ponía una advocación de la Virgen o el culto de un Santo, pero de hecho la fuente y el árbol se asociaron con la nueva creencia. De allí nace Occidente, la cultura occidental, esa mezcla cultural de lo germánico con lo romano cristiano y eso no se vuelve a repetir en la Historia Universal sino con el hecho americano. En el norte de América, los anglosajones no procedieron así. Desde luego no había grandes culturas indígenas, el indígena quedó segregado, separado, enquistado, no hubo mezcla cultural o en todo caso insignificante. Lo que hicieron fue un traslado, allí sí hubo una nueva Inglaterra, un traslado de su vida, de sus instituciones y de su cultura a un nuevo territorio, sin que hubiera otra alteración que los del entorno geográfico y natural.

No fue así en la América hispana, porque hubo la guerra de los dioses. Cuando Cortés llega, imprudentemente lo primero que hace es tomar los grandes templos aztecas y destruir los ídolos, aquellas imágenes veneradas por generaciones para lanzarlas escaleras abajo. Se produjo un choque, no sé cómo lo llamarían los sicólogos, pero un choque violento y radical en aquellos pueblos que veían destruir sus cosas sagradas y ser reemplazadas violentamente por otros símbolos.

Se hace tabla rasa de las deidades aztecas y se las sustituye de manera inmediata y total por la Cruz y los símbolos del cristianismo. En cierto sentido, no hubo Evangelización, es decir enseñanza y propagación paulatina del catolicismo sino un hecho cataclísmico de súbita y total sustitución de una religión por otra, al menos en sus símbolos y escatología. Los admirables misioneros que vinieron a la zaga del conquistador realizaron la gigantesca tarea de darle contenido espi-

ritual y humano a aquel hecho casi físico. No podían hacerse cristianos, en el sentido español, aquellos indígenas a los que se había impuesto de hecho una nueva religión. Lo que ocurrió fue una situación de ambigüedad y mezcla por la cual la nueva creencia se injertó en la vieja raíz autóctona, para dar nacimiento a una religiosidad sui-géneris en la que se combinaban ritos, tradiciones y formas de la antigua y la nueva religión. Es el equivalente del proceso que se dio en la cristianización de Occidente al comienzo de la Edad Media, por efecto del cual, mucho de las viejas creencias se combinó en mucha forma con las nuevas concepciones de lo divino.

Es el caso, por ejemplo, del culto de la Virgen de la Guadalupe en México, tan mezclado de elementos indígenas, que literalmente se implanta sobre una vieja adoración local a una divinosa femenina azteca. Esa María Tonantzin, que van a venerar los aztecas convertidos por la fuerza, mezcla indisolublemente lo cristiano y lo autóctono para crear una nueva emicón y concepto sobrenatural.

Lo que surge es, en cierto modo, una mutación del cristianismo español, que no fue y no será nunca exactamente igual al que se formó en Europa y que es un hecho humano nuevo, producto fundamental del vasto proceso del mestizaje cultural del Nuevo Mundo.

Visto en su profunda verdad, lo que se origina el 12 de octubre de 1492 no se puede reducir a un Descubrimiento, que no lo fue sino muy parcial y brevemente, tampoco fue una simple conquista militar de reinos extranjeros para colocarlos en una situación de sumisión a una corona extraña, no fue una colonización a la inglesa, tampoco fue el simple hecho casi físico de un encuentro, sino un hecho mucho más complejo y rico como fue el inicio de la creación de un Nuevo Mundo. No es menos equívoca esta denominación. Los primeros en usarla, como Pedro Mártir de Angleria o Amérigo Vespucci, le deban el sentido de hallazgo, de algo nuevo y desconocido para los europeos. Vespucci las llama muy reveladoramente "isole novamente trovate", es decir, tierras recientemente halladas, con la evidente significación de que constituían una novedad para los europeos y vistas desde Europa.

Lo que realmente comenzó a ocurrir desde ese momento no fue sólo que los europeos tuvieron noticia de un continente que hasta entonces no habían conocido, sino que en esa masa continental se inició, en todos los aspectos, un inmenso proceso de mestización cultural que iba a alcanzar desde la religión hasta el lenguaje, desde las instituciones hasta la mentalidad, por medio de la interacción, en el nuevo escenario, de seres humanos venidos de tres fondos culturales distintos: los españoles, los indígenas y los africanos.

Ese inmenso proceso, que alcanza ahora su Quinto Centenario, no ha terminado, ha sido difícil de comprender y definir y constituye, a pesar de todas las simplificaciones y deformaciones, una de las etapas más originales de la historia de la humanidad.

Lo que se va a conmemorar en 1992, no es un Descubrimiento, una Conquista o una Colonización, que no lo fueron, en todo caso, sino etapas del vasto

e incomparable proceso de la Creación de un Nuevo Mundo. Este es un hecho fundamental, que modifica la historia del mundo, que da nacimiento a una experiencia que no tiene paralelo en el planeta y que representa en su complicada realidad, una gran esperanza y un gran desafío, que a toda la sociedad mundial afecta y complementa en muchas formas y que no puede ser ignorado por nadie y mucho menos por la Asamblea de las Naciones Unidas.

Hace cinco siglos comenzó un Nuevo Mundo, el Nuevo Mundo.

[Transcripción corregida de una grabación magnetofónica].